

tados, por la manifiesta convicción de los jurados. Su defensa fué sin duda superior á la de la víspera. Aquella segunda argumentación fué sin duda más lógica y más convincente que la primera. Pero sintió su calor rechazado por la frialdad de los jurados: ¡hablaba inútilmente y lo veía! Situación horrible y glacial. Hizo observar cómo corroboraba sus primeros razonamientos la libertad del senador, operada como por magia é indudablemente sin el auxilio de ninguno de los acusados. Seguramente que ayer los acusados podían creer en su absolución, y si eran, como la acusación supone, dueños de mantener ó de dejar al senador, no lo hubiesen libertado hasta después del juicio. Intentó hacer comprender que sólo enemigos ocultos en la sombra podían ser capaces de haber dado el golpe.

¡Cosa rara! el señor de Grandville sólo logró trastornar la conciencia del acusador público y la de los magistrados, pues los jurados le escuchaban por deber. El tribunal mismo, casi siempre favorable á los acusados, estaba convencido de su culpabilidad. Existe una atmósfera de ideas. En un tribunal de justicia, las ideas de la multitud pesan sobre los jueces y sobre los jurados y recíprocamente. Al ver aquella disposición de ánimo que se reconoce ó se siente siempre, el defensor llegó en sus últimos períodos á una especie de exaltación febril causada por la convicción.

—En nombre de los acusados, os perdono de antemano un fatal error que nada disipará, exclamó. Somos todos juguete de un poder desconocido y maquiavélico. Marta Michú es víctima de una odiosa perfidia, y la sociedad se apercebirá de ésta cuando las desgracias sean irreparables.

Bordín se apoyó en la declaración del senador para pedir la absolución de los hidalgos.

El presidente resumió las sesiones con tanta más imparcialidad, por cuanto que los jurados estaban visiblemente convencidos. Hasta inclinó la balanza en favor de los acusados, apoyándose en la declaración del senador. Esta amabilidad no comprometía en nada el éxito de la acusación. A las once de la noche, después de las diferentes respuestas dadas por el jefe del jurado, el tribunal condenó á Michú á

la pena de muerte, á los señores de Simeuse á veinticuatro años de trabajos forzados y á los dos Hauteserre á diez. Gothard fué absuelto. Toda la sala quiso ver la actitud de los cinco culpables en el momento supremo en que, llevados ante el tribunal, oyesen su condena. Los cuatro hidalgos miraron á Lorenza, que los miró con los ojos de los mártires.

—Si nos hubiesen absuelto, lloraría, dijo el menor de los Simeuse á su hermano.

Jamás acusado alguno recibió una injusta condena con frente más serena ni con actitud más digna que aquellas cinco víctimas de un horrible complot.

—Ya os ha perdonado nuestro defensor, dijo el mayor de los Simeuse dirigiéndose al tribunal.

La señora de Hauteserre cayó enferma y permaneció tres meses en cama en el palacio de Chargobœuf. El buen Hauteserre se volvió apaciblemente á Cinq-Cygne; pero consumido por uno de esos dolores de anciano que no tienen las distracciones de la juventud, tuvo con frecuencia momentos de melancolía y tristeza que probaban al cura que aquel pobre padre se encontraba como si estuviese aún en el día siguiente de la fatal sentencia. No se pudo juzgar á la hermosa Marta, porque murió en la cárcel veinte días después de la condena de su marido, recomendando su hijo á Lorenza, en cuyos brazos expiró. Una vez conocido el fallo, acontecimientos políticos de más alta importancia borraron el recuerdo de este proceso, del que no se volvió á hablar más. La sociedad procede como el Océano; recobra su nivel y su tranquilidad después de un desastre, y borra las huellas de éste con el movimiento de sus devoradores intereses.

Sin su firmeza de alma y su convicción de la inocencia de sus primos, Lorenza hubiese sucumbido. Pero dió nuevas pruebas de la grandeza de su carácter, y asombró á Grandville y á Bordín con la aparente serenidad que las desgracias imprimen á las almas hermosas. Velaba y cuidaba á la señora de Hauteserre é iba dos horas todos los días á la cárcel. Dijo que se casaría con uno de sus primos cuando estuviesen en presidio.

—¡En presidio! exclamó Bordín. Señorita, en lo único

que hemos de pensar es en pedir su indulto al Emperador.

—¡Su indulto! ¿y á un Bonaparte? exclamó Lorenza con horror.

Los lentes del digno procurador saltaron de su nariz, logró cogerlos antes de que cayesen y miró á la joven con asombro; comprendió aquel carácter en toda su extensión, y, tomando del brazo al marqués de Chargebœuf, le dijo:

—Señor marqués, corramos á París á salvarlos sin ella.

El recurso de los señores de Simeuse, de Hauteserre y de Michú fué el primer asunto que tuvo que juzgar el tribunal de casación, y la sentencia quedó felizmente retardada por las ceremonias de la instalación de dicho tribunal.

A fines del mes de noviembre, después de tres sesiones empleadas por las defensas y por el procurador general Merlin, que tomó en persona la palabra, el recurso de casación fué rechazado.

La Audiencia imperial de París estaba instituída, el señor de Grandville había sido nombrado en ella sustituto del procurador general, y, encontrándose el departamento del Aube dentro de la jurisdicción de aquella Audiencia, le fué posible trabajar mucho en favor de los condenados; cansó á Cambaceres, su protector; Bordín y al señor de Chargebœuf llegaron á la mañana siguiente de la sentencia á su palacio del Marais, donde le encontraron en la luna de miel de su casamiento, pues en este intervalo había contraído matrimonio. A pesar de los acontecimientos que habían influido y hecho variar la existencia de su antiguo abogado, el señor de Chargebœuf vió por la aflicción del joven sustituto que éste seguía siendo fiel á sus clientes. Algunos abogados, los artistas de profesión, hacen y obran con sus causas como si fuesen queridas. El caso es raro y no debéis confiar en él. Tan pronto como sus antiguos clientes y él estuvieron solos en su despacho, el señor de Grandville dijo al marqués:

—No he esperado su visita y ya he hecho por mi parte cuanto he podido. No esperen ustedes salvar á Michú, porque no obtendrán el indulto de los Simeuse. Es preciso una víctima.

—¡Dios mío! dijo Bordín mostrando al joven magistrado

las tres peticiones de indulto; ¿puedo yo por mi cuenta suprimir la petición de ese desgraciado? Arrojar al fuego este papel sería cortarle la cabeza.

Y le presentó el papel firmado de antemano por Michú, papel que el señor de Grandville cogió y miró.

—No podemos suprimirlo; pero, sépalo usted, si pide usted todo, no obtendrá nada.

—¿Tenemos tiempo para consultar á Michú? dijo Bordín.

—Sí, la orden de ejecución corresponde á la mesa del procurador general, y podemos concederle á usted algunos días. Se mata á los hombres, dijo con una especie de amargura; pero se saben guardar las formas, sobre todo en París.

El señor de Chargebœuf había oído ya en casa del gran juez opiniones que confirmaban las tristes palabras del señor de Grandville.

—Michú es inocente, lo sé y lo digo, repuso el magistrado; pero ¿qué hacer contra todos? Y no olvide que hoy me corresponde callar. Tócame hacer erigir el patíbulo en que mi cliente será decapitado.

El señor de Chargebœuf conocía bastante á Lorenza para saber que no consentiría en salvar á sus primos á expensas de Michú. El marqués hizo, pues, una última tentativa. Pidió una audiencia al ministro de relaciones exteriores para ver si la alta diplomacia disponía de algún medio de salvación. Llevó consigo á Bordín, que conocía al ministro y que le había hecho algunos favores. Los dos ancianos se encontraron á Talleyrand sumido en la contemplación de su fuego, con los pies hacia adelante, la cabeza apoyada en una mano, el codo en la mesa y el periódico en el suelo. El ministro acababa de leer la sentencia del tribunal de casación.

—Siéntese usted, señor marqués, dijo el ministro, y usted también, Bordín, añadió señalándole el sitio delante de él en la mesa. Escriba usted:

«Señor:

»Cuatro hidalgos inocentes, declarados culpables por el jurado, acaban de ver su condena confirmada por nuestro tribunal de casación.

»Vuestra Majestad Imperial no puede menos de indultarlos. Estos hidalgos sólo reclaman esta gracia de vuestra augusta clemencia para tener ocasión de utilizar su muerte combatiendo á vuestros ojos, y se dicen de Vuestra Majestad Imperial y Real con respeto...» etc.

—Sólo los príncipes saben obligar de ese modo, dijo el marqués de Chargebœuf cogiendo de las manos de Bordín aquella preciosa minuta de petición que era preciso hacer firmar á los cuatro hidalgos, y por la que se prometía obtener buenos resultados.

—Señor marqués, la vida de sus parientes de usted está entregada al azar de las batallas, dijo el ministro. Procure usted llegar al día siguiente de una batalla y estarán salvados.

Tomó la pluma, escribió él mismo una carta confidencial al Emperador, una de diez líneas al mariscal Duroc, y después llamó, pidió á su secretario un pasaporte diplomático y dijo tranquilamente al anciano procurador:

—¿Cuál es su opinión seria sobre este proceso?

—Monseñor, créame usted que nos han enredado de un modo incomprensible.

—Lo presumo, pero tengo mis razones para procurar adquirir la certeza, respondió el príncipe. Vuelva usted á Troyes, tráigame aquí á la condesa de Cinq-Cygne, mañana, á esta hora, y en secreto, y pasen ustedes á las habitaciones de mi señora, á quien yo advertiré de la visita de ustedes. Si la señorita de Cinq-Cygne, que estará colocada de modo que pueda ver al hombre que está conmigo, lo reconoce por haber ido á casa de ella en la época de la conspiración de los señores de Polignac y de Riviere, diga yo lo que diga, responda él lo que quiera, no hagan ustedes un gesto ni digan una palabra. No piensen ustedes más que en salvar á los señores de Simeuse, y no vayan á descubrirse y á tropezar de nuevo con su perseguidor.

—¿Un hombre sublime, monseñor!... exclamó Bordín.

—¿Se entusiasma usted, Bordín? Entonces ya veo que ese hombre vale algo. Señor marqués, no olvide usted que nues-

tro soberano tiene mucho amor propio, dijo cambiando de conversación. Pronto me despedirá para poder hacer locuras á su gusto. Es un gran soldado que sabe hacer cambiar las leyes del espacio y del tiempo; pero no sabe cambiar á los hombres, y él querría fundirlos á su gusto. Ahora no olvide usted que el indulto de sus parientes sólo puede ser obtenido por una persona: por la señorita de Cinq-Cygne.

El marqués partió solo para Troyes y dijo á Lorenza el estado en que se encontraban las cosas. Lorenza obtuvo del procurador imperial un permiso para ver á Michú, y el marqués le acompañó hasta la puerta de la cárcel, donde la esperó. La joven salió llorando amargamente y diciendo:

—El pobre hombre ha querido ponerse de rodillas para rogarme que no pensase ya en él, sin acordarse de que llevaba grillos en los pies. ¡Ah, marqués! trabajaré su indulto cuanto pueda. Sí, iré á besar las rodillas del Emperador, y si no logro nada, ese hombre vivirá eternamente en nuestra familia, gracias á mis cuidados. Presente usted su recurso de indulto para ganar tiempo, que yo voy á ordenar que hagan su retrato. Marchemos.

Al día siguiente, cuando el ministro supo por una seña convenida que Lorenza estaba en su puesto, llamó, y al presentarse el ujier, recibió la orden de que dejase entrar al señor Corentín.

—Querido mío, es usted un hombre muy hábil y deseo emplearle, dijo Talleyrand.

—Monseñor...

—Escuche usted. Sirviendo á Fouché obtendrá usted dinero, pero nunca honores ni posición conveniente; mientras que sirviéndome como acaba usted de servirme en Berlín, gozará usted de grandes consideraciones.

—Monseñor es demasiado bueno.

—Veo que ha desplegado usted mucho genio en el último asunto de Gondreville.

—¿De qué habla, monseñor? dijo Corentín afectando un aire ni demasiado frío, ni demasiado sorprendido.

—Amigo mío, respondió secamente el ministro, nunca llegará usted á ser nada, porque teme usted...

—¿Qué, monseñor?

—La muerte, dijo el ministro con su gruesa y potente voz. Adiós, amigo mío.

—¡Es él! dijo el marqués de Chargebœuf al entrar; pero hemos estado á punto de matar á la condesa; se ahoga.

—Sólo él es capaz de armar semejante trastada, respondió el ministro. Amigo mío, están ustedes en peligro de no poder conseguir su objeto, repuso el príncipe. Tomen ustedes á la vista de todo el mundo el camino de Strasburgo, que yo les voy á enviar á ustedes en blanco dobles pasaportes. Lleven ustedes consigo á alguien que se les parezca, cambien de camino hábilmente y sobre todo de coche, dejen que detengan á las personas que han de sustituirles, y que les prevengo que lleven, y váyanse á Prusia por Suiza y por Baviera. Mucha prudencia y ni una palabra. Tienen ustedes en contra suya á la policía y no saben ustedes lo que es esto.

La señorita de Cinq-Cygne ofreció á Roberto Lefebvre una suma considerable para determinarle á que fuese á Troyes á hacer el retrato de Michú, y el señor de Grandville prometió á este pintor, célebre á la sazón, todas las facilidades posibles. El señor de Chargebœuf partió en su vieja calesa con Lorenza y un viejo criado que hablaba alemán. Pero, en Nancy, se les unieron Gothard y la señorita Goujet, que les habían precedido en una excelente calesa, la cual fué cambiada por la vieja del marqués. El ministro tenía razón. En Strasburgo, el comisario de policía se negó á poner el visto bueno á los pasaportes de los viajeros, diciéndoles que tenían órdenes absolutas sobre aquel punto. En este mismo momento, el marqués y Lorenza salían de Francia por Besançon con los pasaportes diplomáticos. Lorenza atravesó Suiza en los primeros días del mes de octubre, sin fijar para nada su atención en este magnífico país. Iba en el fondo de la calesa sumida en esa melancolía y abatimiento que se apodera de los criminales cuando conocen la hora de su suplicio. Toda la naturaleza se cubre entonces de un espeso vapor y las cosas más vulgares toman un aspecto fantástico. Este pensamiento: «Si no salgo airosa, se matan», hería su alma como la barra del verdugo hería en otro tiempo los

miembros del paciente en el suplicio de la rueda. Se sentía cada vez más desanimada, é iba perdiendo todas sus energías mientras esperaba el momento cruel, decisivo y rápido en que se encontrase enfrente del hombre de quien dependía la vida de los cuatro hidalgos. Había tomado la decisión de abandonarse á sí misma para no gastar inútilmente sus energías. Incapaz de comprenderse cálculo de las almas fuertes que se traduce de diversos modos al exterior, pues en esas esperas supremas, ciertos espíritus superiores se abandonan á una alegría sorprendente, el marqués temía no poder llevar á Lorenza viva hasta el punto en que había de verificarse aquel encuentro solemne únicamente para ellos, pero que sobrepasaba indudablemente á las proporciones ordinarias de la vida privada. Para Lorenza, el humillarse ante aquel hombre, objeto de su odio y de su desprecio, equivalía á la muerte de todos sus sentimientos generosos.

—Después de esto, dijo, la Lorenza que sobrevivirá, no se parecerá en nada á la que va á perecer.

No obstante, fué muy difícil á los dos viajeros el dejar de percibirse del inmenso movimiento de hombres y de cosas que había, una vez llegados á Prusia. La campaña de Iena había empezado. Lorenza y el marqués veían á las magníficas divisiones del ejército francés extendiéndose y haciendo grandes paradas como en las Tullerías. En estos despliegamientos de fuerza militar, que sólo pueden pintarse con las imágenes y las palabras de la Biblia, el hombre que animaba aquellas masas tomó gigantescas proporciones en su imaginación. La palabra victoria acababa de resonar en sus oídos. Los ejércitos imperiales acababan de obtener dos señaladas ventajas. El príncipe de Prusia había sido muerto la víspera del día en que los dos viajeros llegaron á Saalfeld, procurando alcanzar á Napoleón, que marchaba con la rapidez del rayo. Por fin, el 13 de octubre, fecha de mal agüero, la señorita de Cinq-Cygne seguía la orilla de un río en medio de los cuerpos del gran ejército, sin ver más que confusión, enviada de una aldea á otra y de división en división, asustada al verse sola con un anciano, traída y llevada en medio de un océano de ciento cincuenta mil hombres, que tenían enfrente á otros

ciento cincuenta mil. Cansada de ver siempre aquel río por encima de los setos de un camino barroso que seguía, preguntó su nombre á un soldado.

—Es el Saale, le dijo mostrándole el ejército prusiano agrupado en grandes masas al otro lado de aquella corriente de agua.

La noche se acercaba, y Lorenza veía encenderse fuegos y brillar armas. El anciano marqués, cuya intrepidez fué cabalresca, guiaba en persona, al lado de su nuevo criado, á dos buenos caballos comprados la víspera. El anciano sabía perfectamente que no encontraría postillones ni caballos al llegar al campo de batalla. De pronto, la audaz calesa, objeto del asombro de todos los soldados, fué detenida por un individuo de la gendarmería del ejército, que se encaminó al galope hacia el marqués, gritándole:

—¿Quién es usted? ¿adónde va? ¿á quién busca?

—Al Emperador, dijo el marqués de Chargebœuf; traigo una importante comisión de los ministros para el gran mariscal Duroc.

—Está bien, pero sepan ustedes que no pueden permanecer ahí, dijo el gendarme.

La señorita de Cinq-Cygne y el marqués se vieron tanto más obligados á permanecer allí, por cuanto que la noche se echaba encima.

—¿Dónde estamos? dijo la señorita de Cinq-Cygne deteniendo á dos oficiales que vió pasar y cuyo uniforme estaba oculto bajo sus capotes de paño.

—Están ustedes delante de la vanguardia del ejército francés, le respondió uno de los oficiales. No pueden ustedes permanecer aquí, porque si el enemigo hiciese un movimiento y la artillería se pusiese en juego, estarían ustedes entre dos fuegos.

—¡Ah! dijo ella con aire indiferente.

Al oír aquel ¡ah! el otro oficial preguntó:

—¿Cómo se encuentra aquí esta mujer?

—Esperamos, respondió ella, á un gendarme que ha ido á avisar al señor Duroc, que nos servirá de protector para que podamos hablar al Emperador.

—¡Hablar al Emperador! dijo el primer oficial. ¿Piensan ustedes en ello en vísperas de una batalla decisiva?

—¡Ah! tiene usted razón, contestó Lorenza. Debo esperar hasta pasado mañana, pues la victoria le pondrá contento.

Los dos oficiales fueron á colocarse á veinte pasos de distancia sobre sus caballos inmóviles. La calesa fué rodeada entonces por un escuadrón de mariscales, de generales y de oficiales, cuyos uniformes brillaban extraordinariamente y que respetaron el coche precisamente porque estaba allí.

—¡Dios mío! dijo el marqués á la señorita de Cinq-Cygne, mucho me temo que hayamos estado hablando con el Emperador.

—¿El Emperador? dijo un coronel ¡pues si es aquél!

Lorenza vió entonces á algunos pasos de distancia y solo á aquel que había exclamado: «¿Cómo se encuentra aquí esta mujer?» Uno de los dos oficiales, que era el Emperador, vestido con su célebre levita, puesta sobre un uniforme verde, estaba sobre un caballo blanco ricamente enjaezado. Examinaba con un antejo al ejército prusiano situado al otro lado del Saale. Lorenza comprendió entonces el por qué la calesa permanecía allí y por qué la escolta la respetaba. Al juzgar que había llegado la hora, se apoderó de ella un movimiento convulsivo. Oyó entonces el ruido sordo de varias masas de hombres y de armas que se encaminaban con acelerado paso hacia aquella meseta. Las baterías parecían tener un lenguaje, la impedimenta resonaba y el bronce de los cañones chispeaba.

—El mariscal Lannes tomará posición con todo su cuerpo de ejército en la vanguardia, el mariscal Lefebvre y la Guardia ocuparán esta cima, dijo el otro oficial, que era el mayor general Berthier.

El Emperador bajó. Al primer movimiento que hizo, Roustan, su famoso mameluco, se apresuró á tenerle el caballo. Lorenza estaba atontada de asombro y no creía en tanta sencillez.

—Pasaré la noche en esta meseta, dijo el Emperador.

En este momento, el gran mariscal Durac, á quien el gen-

darme había encontrado por fin, se encaminó hacia el marqués de Chargebœuf y le preguntó la razón de su llegada. El marqués le respondió que una carta escrita por el ministro de relaciones exteriores le probaría lo muy urgente que era el que él y la señorita de Cinq-Cygne obtuviesen una audiencia del Emperador.

—Su Majestad va á cenar sin duda en su vivac, dijo Duroc tomando la carta; y cuando yo haya visto de lo que se trata, le diré si la cosa es posible. Sargento, dijo al gendarme, acompañe usted este coche y llévelo á la cabana de atrás.

El señor de Chargebœuf siguió al gendarme y detuvo su coche detrás de una miserable choza construida con madera y tierra, rodeada de algunos árboles frutales y guardada por piquetes de infantería y de caballería.

Puede decirse que la majestad de la guerra brillaba allí en todo su esplendor. Alumbradas por la luna, veíanse desde aquella cima las líneas de los dos ejércitos. Después de una hora de espera, en que se oyó el ruido producido por el movimiento perpetuo de los ayudas de campo que iban y venían, Duroc que fué á buscar á la señorita de Cinq-Cygne y al marqués de Chargebœuf, les hizo entrar en la choza, cuyo suelo era de tierra apisonada como el de nuestros hórreos. Ante una mesa preparada y ante un fuego de madera verde que humeaba, Napoleón estaba sentado en una tosca silla. Sus botas, llenas de barro, daban fe de sus correrías á través de los campos. Se había quitado su famosa levita, y entonces, su célebre uniforme verde, atravesado por su gran cordón encarnado, y realzado por el fondo blanco de su pantalón de cachemir y de su chaleco, hacía resaltar admirablemente su pálido y terrible rostro cesariano. Tenía la mano sobre un mapa extendido y colocado sobre sus rodillas. Berthier se mantenía de pie con su brillante traje de vicecondestable del Imperio. Constante, el ayuda de cámara, ofrecía al Emperador su café en una bandeja.

—¿Qué quiere usted? le dijo con fingida brusquedad abarcando con una mirada la cabeza de Lorenza. ¿No teme usted hablarme antes de la batalla? ¿De qué se trata?

—Señor, dijo Lorenza mirándole con no menos fijeza; soy la señorita de Cinq-Cygne.

—¿Y qué? respondió con voz colérica creyéndose desafiado con aquella mirada.

—¿No comprendéis? Soy la condesa de Cinq-Cygne, y os pido gracia, dijo cayendo de rodillas y tendiéndole la instancia redactada por Talleyrand y anotada por la Emperatriz, por Cambaceres y por Maligno.

El Emperador levantó graciosamente á la suplicante, dirigiéndole una mirada astuta, y le dijo:

—¿Será usted al fin juiciosa? ¿Comprende usted lo que tiene que ser el Imperio francés?

—¡Ah! en este momento no comprendo más que al Emperador, dijo vencida por la atención con que el monarca había pronunciado aquellas palabras que le hacían presentir el indulto.

—¿Son inocentes? preguntó el Emperador.

—Todos, dijo ella con entusiasmo.

—¿Todos? No; el guardabosque es un hombre peligroso que mataría á mi senador sin consultármelo.

—¡Oh! señor, dijo ella; si tuvieseis un amigo que os fuese adicto ¿le abandonaríais? ¿No os...?

—Es usted mujer, dijo Napoleón con cierto aire de mofa.

—Y vos un hombre de hierro, le contestó Lorenza con una dureza apasionada que agradó al monarca.

—Ese hombre ha sido condenado por la justicia del país, repuse.

—Pero es inocente.

—¡Niña!... le dijo.

Y tomando á la señorita de Cinq-Cygne por la mano, salió y la llevó á la meseta.

—¡He aquí, le dijo con aquella elocuencia que cambiaba los cobardes en valientes, he aquí trescientos mil hombres que también son inocentes! Pues bien, mañana, treinta mil habrán muerto por su país. ¡Entre los prusianos, habrá también acaso un gran mecánico, un gran ideólogo ó un gran genio que perecerá! Por nuestra parte, perderemos seguramente grandes hombres desconocidos. En fin, acaso vea mo-

rir á mi mejor amigo. ¿He de acusar á Dios por eso? No. Me callaré. Sepa usted, señorita, que hay que morir por las leyes de su país como se muere aquí por la gloria, añadió conduciéndola á la cabaña. Ea, vuélvase ustedes á Francia, dijo mirando al marqués, y mis órdenes precederán á ustedes.

Lorenza creyó en una conmutación de pena para Michú, y, en la efusión de su agradecimiento, se arrodilló y besó la mano del Emperador.

—¿Es usted el señor de Chargebœuf? dijo entonces Napoleón al ver al marqués.

—Sí, señor.

—¿Tiene usted hijos?

—Muchos.

—¿Por qué no me envía usted alguno de sus nietos? Será paje mío, y...

—¡Ah! ya reaparece el teniente de artillería, pensó para sí Lorenza. Quiere recibir el precio de su gracia.

El marqués se inclinó sin responder. Felizmente, el general Rapp se precipitó en la cabaña.

—Señor, la caballería de la guardia y la del gran duque de Berg no podrán unirsenos hasta mañana al mediodía.

—No importa, dijo Napoleón volviéndose hacia Berthier. También para nosotros hay horas de gracia: sepamos aprovecharnos de ellas.

A una seña de su mano, el marqués y Lorenza se retiraron y subieron al coche; el sargento los puso en el camino y los acompañó hasta una aldea donde pasaron la noche. Al día siguiente, ambos se alejaron del campo de batalla, en medio del ruido de ochocientos cañones, que resonaron durante diez horas. En medio del camino supieron la asombrosa victoria de Iena. Ocho días después entraban en los arrabales de Troyes. Una orden del gran juez, transmitida al procurador imperial del tribunal de primera instancia de Troyes, ordenaba la libertad bajo fianza de los hidalgos, hasta tanto que el Emperador y Rey decidiese; pero al mismo tiempo se expidió la orden para la ejecución de Michú. Estas órdenes habían llegado aquella misma mañana. Lorenza se

fué inmediatamente á la cárcel vestida aún con el traje de viaje. Logró permanecer al lado de Michú, á quien hacían en aquel momento la triste operación llamada el *tocado*. El buen abate Goujet, que había solicitado acompañarle hasta el patíbulo, acababa de dar la absolución á aquel hombre, que se sentía morir sin saber aún de fijo si sus amos estaban ó no indultados; así es que cuando Lorenza se presentó, dió un grito de alegría y dijo:

—¡Ahora ya puedo morir!

—Están indultados, aunque no sé en qué condiciones, respondió ella; pero lo están, y yo lo he intentado todo por ti, amigo mío, á pesar de tu resistencia. Creía haberte salvado, pero el Emperador me ha engañado.

—Estaba escrito allí arriba que el fiel mastín tenía que ser matado en el mismo lugar que sus antiguos amos, dijo Michú.

La última hora llegó rápidamente. Michú, en el momento de partir, no pedía más favor que el besar la mano de la señorita de Cinq-Cygne, pero ésta le presentó sus mejillas y se dejó abrazar santamente por aquella noble víctima. Michú se negó á subir á la carreta.

—¡Los inocentes deben ir á pie! dijo.

No quiso que el abate Goujet le diese el brazo, y marchó digna y resueltamente hasta el patíbulo. En el momento de tenderse sobre el tablado, dijo al ejecutor, rogándole que bajase bien su levita que le llegaba hasta el cuello:

—Le regalo á usted mi traje; así es que procure no mancharlo.

Los cuatro hidalgos apenas tuvieron tiempo de abrazar á la señorita de Cinq-Cygne, cuando un ordenanza del general que mandaba la división militar, les llevó credenciales de tenientes de caballería, destinados á Bayona con orden de que fuesen inmediatamente á tomar posesión de sus cargos. Después de desgarradoras despedidas, pues todos presintieron un amargó porvenir, la señorita de Cinq-Cygne se volvió á su desierto castillo.

Los dos hermanos murieron juntos ante los ojos del Emperador, en Somosierra, defendiéndose uno al otro y cuando

ya eran ambos jefes de escuadrón. Sus últimas palabras fueron:

—Lorenza, ¡Aquí mueres!

El mayor de los de Hautesserre murió siendo coronel en el ataque del reducto de Moscowa, pasando su hermano á ocupar su plaza.

Adriano, nombrado general de brigada en la batalla de Dresde, fué allí gravemente herido y logró volver á Cinq-Cygne á cuidar sus heridas. A fin de salvar aquel despojo de los cuatro hidalgos que había visto en otro tiempo en torno de ella, la condesa, que contaba á la sazón treinta y dos años, se casó con él; pero le ofreció un corazón marchito, que él aceptó gustoso, porque las gentes que aman no dudan de nada ó dudan de todo.

La Restauración encontró á Lorenza sin entusiasmo; los Borbones venían demasiado tarde para ella. Sin embargo, no pudo quejarse: su marido, nombrado par de Francia con el título de marqués de Cinq-Cygne, adquirió el grado de teniente general en 1816, y fué recompensado con el cordón azul por los eminentes servicios que prestó entonces.

El hijo de Michú, de quien Lorenza se cuidó como si fuese su propio hijo, tomó el título de abogado en 1817. Después de haber ejercido su profesión durante dos años, fué nombrado juez suplente del tribunal de Alençon, y de allí pasó á ser procurador del rey del tribunal de Arcis en 1827. Lorenza, que había administrado los bienes de Michú, entregó á este joven el día de su mayor edad un capital que daba doce mil francos de renta; después contribuyó á su casamiento con la rica señorita Girel de Troyes. El marqués de Cinq-Cygne murió en 1829 en brazos de Lorenza, de su padre, de su madre y de sus hijos que le adoraban. Cuando ocurrió su muerte, nadie había penetrado aún el secreto del secuestro del senador. Luis XVIII no se negó á reparar los daños que ocasionó este asunto; pero no dijo nada de las causas de este desastre á la marquesa de Cinq-Cygne, que le creyó entonces cómplice de la catástrofe.

CONCLUSIÓN

El difunto marqués de Cinq-Cygne había empleado sus ahorros, lo mismo que los de su padre y su madre, en la adquisición de un magnífico palacio situado en la calle del Faubourg-du-Roule, y en la institución del considerable mayorazgo creado para el sostenimiento de su dignidad de par. La sórdida economía del marqués y de sus padres, que afligía á veces á Lorenza, quedó entonces explicada. Después de esta adquisición, la marquesa, que vivía en sus tierras atesorando para sus hijos, pasó los inviernos en París con tanto más gusto, por cuanto que su hija Berta y su hijo Pablo llegaban á una edad en que su educación exigía los recursos de París. La señora de Cinq-Cygne frecuentó poco el mundo. Su marido no podía ignorar las penas que embargaban el corazón de aquella mujer; pero desplegó para ella las más ingeniosas delicadezas, y murió sin haber amado á más mujer que aquella. Este noble corazón, desconocido durante algún tiempo, pero á quien la generosa hija de los Cinq-Cygne correspondió con un amor igual al que encerraba para ella, aquel marido fué al fin feliz. Lorenza vivía sobre todo para las alegrías de la familia. Ninguna mujer de París fué más querida por sus amigos, ni más respetada. Ir á su casa era una dicha. Amable, indulgente, instruída, graciosa, y sencilla sobre todo, agradaba y simpatizaba con las almas privilegiadas y las atraía á pesar de su dolor; pero todos parecían proteger á aquella mujer tan fuerte, y este sentimiento de protección secreta explica aun mejor el atractivo de su amistad. Su vida, tan dolorosa durante su juventud, fué hermosa y serena en la vejez. Se conocían sus sufrimientos y nunca nadie preguntaba quién era el original del retrato hecho por Roberto Lefebvre, el cual retrato era, desde la muerte del guarda, el principal y fúnebre adorno del salón. La fisonomía de Lorenza tenía la madurez de los frutos obtenidos difícilmente. Una especie de orgullo religioso adorna aún aquella arrugada frente. En el